

SRI RAMANA MAHARSHI – UN ESBOZO DE SU VIDA

Nacimiento y primeros años

Venkataraman (más tarde Sri Ramana Maharshi) nació el 30 de diciembre de 1879 en Tiruchuzhi, un pequeño pueblo de Tamil Nadu, a unos cincuenta kilómetros de Madurai y a veintiséis kilómetros de Virudhunagar, la estación de tren más cercana. La madre de Venkataraman, Alagamma, era una persona piadosa y devota, y su padre, Sundaram Ayyar, era abogado y ejercía principalmente ante el magistrado local. Venkataraman tenía un hermano dos años mayor que él. Su otro hermano y su hermana eran unos años más jóvenes que él. Era una familia feliz y acomodada de clase media.

Cuando Venkataraman tenía doce años, Sundaram Ayyar murió y la familia se desintegró. Él y su hermano mayor fueron enviados a vivir con su tío paterno, Subbier, que tenía una casa en Madurai. Allí, Venkataraman asistió primero a la Scott's Middle School y luego se matriculó en la American Mission High School para cursar el noveno grado. En la escuela, su único activo era una memoria increíblemente retentiva, que le permitía repetir una lección después de escucharla solo una vez.

Dotado de una constitución más fuerte que la mayoría de sus compañeros de clase y con un espíritu de independencia que lo diferenciaba de los demás estudiantes, Venkataraman encontraba los juegos escolares y la vida al aire libre más agradables que los estudios y la lectura de libros.

En su infancia, Venkataraman era propenso a un sueño anormalmente profundo. Hablando de ello años más tarde, dijo: “Los chicos no se atrevían a tocarme cuando estaba despierto, pero si tenían algún rencor contra mí, venían cuando estaba dormido, me llevaban a donde querían, me pegaban, me pintaban la cara con carbón y luego me devolvían a mi sitio, y yo no sabía nada de lo que había pasado hasta que me lo contaban a la mañana siguiente”.

El origen de su despertar

En noviembre de 1895, un pariente anciano le habló a Venkataraman de su visita a Arunachala, la colina sagrada de Tiruvannamalai, en Tamil Nadu. La palabra “Arunachala” le había evocado desde la infancia un inexplicable temor reverencial y un gran amor. Preguntó a su pariente por la ubicación de Arunachala y, desde entonces, no pudo dejar de pensar en ella.²

Poco después, una copia del *Periapuranam* cayó en manos de Venkataraman. Este *purana* contiene historias de sesenta y tres santos tamiles que pudieron obtener la gracia del Señor Shiva gracias a su devoción ejemplar. Mientras Venkataraman leía el libro, se sintió abrumado por el asombro extático ante el hecho de que tal fe, tal amor y tal fervor divino fueran posibles. Las historias de renuncia que conducían a la unión divina lo llenaron de asombro y admiración. Algo más grande que todas las tierras de ensueño se proclamaba real y posible en el libro.³

A partir de ese momento, la corriente espiritual de la conciencia comenzó a despertar en el joven. Esta se hizo cada vez más fuerte con el paso del tiempo y, al cabo de unos meses, a mediados de julio de 1896, cuando solo tenía dieciséis años y medio, Venkataraman realizó el Sí-mismo de una manera milagrosa. Años más tarde, él mismo describió el acontecimiento con las siguientes palabras:

Unas seis semanas antes de abandonar Madurai para siempre, se produjo un gran cambio en mi vida. Fue bastante repentino. Estaba sentado solo en una habitación de la casa de mi tío, cuando de repente me invadió un miedo a la muerte. No había nada en mi estado de salud que lo justificara. Simplemente sentí que “iba a morir” y empecé a pensar en ello. El miedo a la muerte llevó mi mente hacia dentro y me dije mentalmente: “Ahora que ha llegado la muerte, ¿qué significa? ¿Qué es lo que muere? Solo muere este

² Véase el anexo I, p. 410, sobre Arunachala.

³ En el anexo III se encuentra una versión abreviada de una de las famosas historias de este libro.

cuerpo”. Y de inmediato dramaticé el acontecimiento de la muerte. Contuve la respiración, mantuve los labios bien cerrados y me dije: “Este cuerpo está muerto. Lo llevarán al crematorio y lo reducirán a cenizas. Pero con la muerte de este cuerpo, ¿estoy yo muerto? ¿Es este cuerpo ‘yo’? Yo soy el espíritu que trasciende el cuerpo. Eso significa que soy el *atman* inmortal”.

Lo que sucedió a continuación es difícil de comprender, aunque fácil de describir. Venkataraman pareció caer en un profundo trance consciente en el que se fusionó con la fuente misma del yo, la esencia misma del Ser. Percibió y asimiló con toda claridad la verdad de que el cuerpo era algo separado del *atman*, que permanecía intacto ante la muerte.

Venkataraman salió de esta asombrosa experiencia como una persona completamente transformada. Perdió interés por los estudios, los deportes, los amigos, etc. Su principal interés se centraba ahora en la consciencia sublime del verdadero Sí-mismo, que había encontrado de forma tan inesperada. Disfrutaba de una serenidad interior y una fuerza espiritual que nunca le abandonaban.

El nuevo modo de consciencia transformó el sentido de los valores y los hábitos de Venkataraman. Las cosas que antes apreciaba ahora habían perdido su atractivo. En sus propias palabras: “Otro cambio que se produjo en mí fue que ya no tenía gustos ni aversiones con respecto a la comida. Todo lo que me daban, ya fuera sabroso o insípido, lo comía con total indiferencia”.

Dejando la casa para ir a Arunachala

El tío y el hermano mayor de Venkataraman se mostraron críticos con su nuevo modo de vida, que les parecía muy poco práctico. Entonces, el 29 de agosto de 1896, se produjo una importante crisis. Venkataraman estudiaba entonces décimo curso y se preparaba para sus exámenes públicos. Su profesor le había dado un ejercicio de gramática inglesa que debía escribir tres veces. Lo copió dos veces y estaba a punto de hacerlo por tercera vez cuando la futilidad de ello le impactó con tanta fuerza que apartó los pa-

peles y, sentándose con las piernas cruzadas, se abandonó a la meditación. Su hermano mayor, que lo observaba, le regañó por comportarse como un yogui mientras seguía viviendo en casa y fingiendo estudiar. Durante las últimas semanas había hecho comentarios similares constantemente, pero habían pasado desapercibidos. Pero esta vez le llegaron al alma. “Sí”, pensó Venkataraman, “¿qué hago aquí?”. Y de inmediato le vino a la mente el pensamiento de Arunachala que le había causado tanta emoción unos meses atrás. En ese mismo instante decidió descubrir el fabuloso y legendario Arunachala de sus sueños.

Venkataraman sabía que era necesario recurrir a alguna artimaña, porque de lo contrario su familia nunca le dejaría ir. Así que le dijo a su hermano que tenía que asistir a una clase especial en la escuela. Sin querer, su hermano le proporcionó los fondos para el viaje y le dijo: “Coge cinco rupias de la caja y paga mis gastos universitarios”. Venkataraman solo cogió tres rupias, lo que consideraba necesario para llegar a Tiruvannamalai. En la nota que dejó (que afortunadamente se conserva), escribió en tamil:

“He partido en busca de mi Padre, de acuerdo con su mandato. Es una empresa virtuosa en la que ‘esto’ se ha embarcado, por lo tanto, que nadie se aflija por este acto y que no se gaste dinero en la búsqueda de ‘esto’. No se han pagado tus gastos universitarios. Adjunto dos rupias”. La nota terminaba con la palabra ‘Así’ y un guion, en lugar de su firma.

Es significativo que la primera frase de la nota comenzara con “yo”, pero que más adelante Venkataraman utilizara “esto” para referirse a él mismo. Así, lo que partió de Madurai hacia Tiruvannamalai no fue el espíritu, que ya se había absorbido en el Señor, sino el cuerpo, ahora considerado distinto del espíritu. La personalidad que comenzaba con “yo” se fusionó con “esto”, y al final no quedaba nadie que pudiera firmar; por lo tanto, la nota quedó sin firmar.⁴ La nota dejaba claro que el autor estaba impulsado por un mandato divino que debía obedecerse.

⁴ Por cierto, después de abandonar Madurai, Sri Ramana nunca volvió a firmar ni a escribir su nombre en ningún sitio, ni siquiera en su testamento, que fue realizado en 1938.

Al llegar a Tiruvannamalai en la madrugada del 1 de septiembre de 1896, tras una serie de pruebas y tribulaciones, Venkataraman se dirigió directamente al gran templo de Arunachaleswara⁵ y se presentó ante su Padre. Su copa de felicidad estaba ahora llena hasta el borde. Era el final del viaje y su regreso a casa [Para ver una imagen del templo, véase la fotografía n.º 2 del libro].

Años de trance y nuevos anclajes

Al salir del templo, el joven se afeitó la cabeza y tiró *todas* sus pertenencias y ropas, excepto una tira que arrancó de su *dhoti* para usarla como taparrabos. Renunciando así a todo, regresó al complejo del templo y se sumergió en la Felicidad del Ser, sentado inmóvil, día tras día, noche tras noche.

Un tal Seshadri Swami, un asceta erudito de alto nivel espiritual, se encargó de cuidar de Brahmana Swami, como se empezó a llamar a Venkataraman. Algunos niños en edad escolar comenzaron a lanzarle piedras, intrigados al ver a alguien no mucho mayor que ellos sentado como una estatua. Y, como uno de ellos dijo más tarde, quería averiguar si era real o no. Para evitar la situación, Brahmana Swami se refugió en el Patala Lingam, un pequeño santuario subterráneo dedicado a Shiva dentro del enorme complejo del templo, donde las hormigas y los insectos se alimentaron de su carne durante las semanas que pasó allí. Pero el joven Swami, absorto en un estado de dicha, permaneció impassible.

Cuando algunos devotos descubrieron al swami en la cripta, ajeno a la terrible condición en la que se encontraba, con heridas infestadas de gusanos y supurando pus, lo trasladaron a un santuario cercano dentro del complejo del templo. A partir de entonces, continuó moviéndose dentro del complejo a otros santuarios y arboledas, lejos de los curiosos. En todos estos lugares, fue atendido por mendicantes, devotos de la ciudad, funcionarios del templo y otras personas. Continuó absorto en el Sí-mismo y prácticamente muerto para el mundo: había que sacudirle por los hombros para que aceptara el agua o la comida que algunos devotos le llevaban.

⁵ *Iswara* se manifestó como Arunachala. Véase el anexo I.

Años más tarde, Maharshi recordó cómo una devota maternal le había bañado a la fuerza, el primer baño en cuatro meses desde su llegada a Tiruvannamalai. Doce meses después, otra devota le dio un segundo baño. Del mismo modo, no se cortó el pelo ni se afeitó durante unos dieciocho meses. Le dijo a Suri Nagma (n.º 39): “El cabello se había enredado y entrelazado como una cesta. Se habían acumulado pequeñas piedras y polvo en él y la cabeza solía sentirse pesada. Tenía las uñas largas y un aspecto espantoso. Cuando algunas personas me presionaron para que me afeitara, cedí. Cuando me afeitaron la cabeza, comencé a preguntarme si tenía cabeza o no, de lo ligero que me sentía”.

En febrero de 1897, el joven Swami fue trasladado al Gurumurtam, un *math* situado a cierta distancia de la ciudad, donde vivió durante unos diecinueve meses. Siguió absorto en sí mismo y fue cuidado principalmente por un sadhu llamado Uddandi Nayanar y su amigo Annamalai Thambiran. Los peregrinos y turistas comenzaron a agolparse en el *math* y muchos se postraban ante el Swami, algunos con oraciones para pedir bendiciones y otros por pura reverencia.

A medida que la multitud crecía, se colocó una valla de bambú alrededor del asiento del Swami para evitar que el público lo tocara. No había dificultad para conseguir comida, ya que varios devotos deseaban suministrarla regularmente; la necesidad más apremiante era mantener alejada a la multitud de turistas y visitantes.

Por aquella época, un *sadhu* malayalee llamado Palaniswami, que vivía con gran austeridad, dedicaba su vida al culto del Señor Vinayaka. Un día, su amigo Srinivasa Iyer le dijo: “¿Por qué pasas tu vida con este swami de piedra? Hay un joven swami de carne y hueso en el Gurumurtam. Está inmerso en tapas como el joven Dhruva. Si vas allí y te unes a él, tu vida alcanzará su propósito”. Cuando Palaniswami fue al *math*, se sintió profundamente conmovido al ver al Swami y sintió que había descubierto a su salvador. Dedicó los veintinueve años que le quedaban de vida a servir al Maharshi como su asistente.

Como el cuerpo del Swami estaba completamente descuidado, se debilitó hasta el límite de la resistencia. Cuando necesitaba salir, apenas tenía fuerzas para levantarse. Muchas veces sucedía que se levantaba unos centímetros y luego volvía a hundirse.

Un tal Venkatarama Iyer, jefe de contabilidad de una oficina gubernamental de la ciudad, solía visitar al Swami todos los días antes de ir a trabajar. Un día, le puso delante una hoja de papel y un lápiz y le rogó que escribiera su nombre y su lugar de origen. Como el Swami no respondía a su petición, declaró que no comería ni iría a la oficina hasta que recibiera la información deseada. Entonces, Sri Ramana escribió en inglés “Venkataraman, Tiruchuzhi”. Su conocimiento del inglés fue toda una sorpresa.

La búsqueda del niño perdido y la visita de su madre

Mientras tanto, los familiares de Venkataraman realizaban inquietas indagaciones y búsquedas en diversos lugares, pero no lograban localizarlo. Annamalai Thambiran, que había averiguado el nombre y el lugar de origen del joven Swami en el *math*, visitó Madurai por casualidad. Habló con uno de los amigos de la familia de Venkataraman sobre el conocido joven santo de Tiruvannamalai que pertenecía a Tiruchuzhi. Inmediatamente después de recibir esta información, el tío de Venkataraman partió hacia Tiruvannamalai. Suplicó en vano el regreso del Swami y se marchó a Madurai con las manos vacías.

Después de algún tiempo, el joven Swami comenzó a residir en el santuario de Pavalakunru, en la colina de Arunachala, donde también se sentaba como antes, inmerso en la Dicha del Ser. Fue allí donde su madre, Alagamma, fue a recoger a su hijo, a quien reconoció a pesar de su cuerpo demacrado y su cabello enmarañado. Con el amor y la preocupación de una madre, lamentó su estado y le instó a que volviera con ella, pero él permaneció impassible a pesar de sus repetidas súplicas. Un día, derramando su dolor ante los devotos que le rodeaban, les rogó que intervinieran. Conmovido por la difícil situación de la madre, uno de ellos le dijo al Swami: “Tu madre está llorando y rezando; al menos dale una

respuesta. El Swami no tiene por qué romper su voto de silencio, pero sin duda puede escribir lo que tenga que decir”.

Venkataraman tomó un lápiz y escribió en tamil: “El Regente controla el destino de las almas de acuerdo con su *prarabdha-karma*.⁶ Lo que está destinado a no suceder, no sucederá, por mucho que lo intentes. Todo lo que esté destinado a suceder sucederá, por mucho que intentes evitarlo. Esto es cierto. Por lo tanto, lo mejor es permanecer en silencio”.

La última frase se aplicaba a la madre, que estaba pidiendo algo que no se le podía conceder. Se aplica a las personas en general en el sentido de que “no sirve de nada luchar contra molinos de viento”, oponerse al destino que no se puede alterar. Pero eso no significa que no se hagan los máximos esfuerzos sinceros para tener éxito. El hombre que dice: “Todo está predestinado, por lo tanto, no necesito hacer ningún esfuerzo”, se está permitiendo la suposición errónea y engañosa de que sabe lo que está predestinado. La madre regresó a casa y el Swami permaneció absorto en el Sí-mismo, como antes.

El Swami se traslada a la cueva de Virupaksha

A principios de 1899, el joven asceta, acompañado por su asistente Palaniswami, se instaló en la cueva Virupaksha, que lleva el nombre del santo del siglo XIII Virupakshadeva, cuyos restos yacen enterrados allí. La cueva tiene una curiosa forma que se asemeja al monosílabo sagrado OM, con la tumba en el hueco interior. Permaneció en esta cueva durante unos diecisiete años [Véanse las fotografías n.º 3 (i) y (ii) y n.º 4 (i) del libro].

Aquí también el joven Swami permaneció en silencio los primeros años. Su resplandor ya había atraído a un grupo de devotos a su alrededor y se había creado un ashram. De vez en cuando escribía instrucciones y explicaciones para sus discípulos, pero su silencio no impedía su formación, ya que su forma más eficaz de impartir instrucción era a través de la palabra no dicha. El silencio

⁶ El destino que se debe cumplir en esta vida, resultado del balance de las acciones de vidas pasadas.

penetrante se convirtió en el sello distintivo del joven sabio, como se indica en las páginas [de los nº 9, 12, 23, 25, 26, 37, 40, 70, 82, 152, 154 y 175, entre otras].

Algunos de los primeros visitantes

Shivaprakasam Pillai (n.º 45), funcionario del Departamento de Hacienda e intelectual, oyó hablar del joven Swami que residía en la colina. En su primera visita, en 1902, quedó cautivado por el aura del Swami y se convirtió en su devoto de por vida. Como el Swami mantenía el silencio, respondió a catorce preguntas de Pillai escribiendo en una pizarra. Estas preguntas se ampliaron y recopilaron posteriormente en un libro titulado *¿Quién soy yo?* Se trata, quizás, de la exposición en prosa más apreciada de la filosofía del Maharshi.

Ganapati Muni (n.º 91), un renombrado erudito y poeta sánscrito, fue otro devoto que visitó al Swami a partir de 1903 y lo aceptó como su gurú en 1907. Fue el agradecido Muni quien llamó al Swami: Bhagavan Sri Ramana Maharshi y le dedicó canciones como encarnación de Subrahmanya, hijo del Señor Shiva. Las respuestas del Maharishi a las preguntas formuladas por el Muni y sus discípulos constituyen en gran parte la conocida obra *Ramana Gita*. La *sloka* más citada de este libro (II. 2) nos dice: En el interior de la Cueva del Corazón [lado derecho del pecho, no el izquierdo] solo *Brahman* brilla en forma de *atman*. Entra profundamente en el corazón con una mente inquisitiva, o sumergiéndote profundamente en tu interior, o controlando la respiración, y permanece en el *atman*.

El primer buscador occidental que cayó bajo la influencia del Swami (en 1911) fue F. H. Humphreys (n.º 92). Cuando le preguntó cómo podía ayudar al mundo, Sri Ramana respondió: “Ayúdate a ti mismo y ayudarás al mundo. No eres diferente del mundo, ni el mundo es diferente de ti”.

El número de devotos aumentó considerablemente con el paso del tiempo. El texto ofrece un registro de las experiencias de

un gran número de esos devotos que se sintieron inclinados a escribir o a comunicarse a través de otros.

Consideración por los oprimidos y los humildes

El texto contiene muchos ejemplos de la preocupación de Sri Ramana por los desfavorecidos. Uno de esos incidentes fue narrado por el propio Sri Ramana, muchos años después del suceso, a Suri Nagamma: Cuando estábamos en la colina, al mediodía, algunas mujeres de la casta más baja, que llevaban pesadas cargas de hierba en la cabeza, buscaban frenéticamente agua para saciar su sed y aliviar su agotamiento. Pero como no se les permitía acercarse al pozo, yo esperaba cerca de él y les echaba agua en las manos, que bebían con gran satisfacción. Tenían que llegar rápidamente a casa para cuidar de sus hijos, y solían acudir a nosotros con esperanza y expectación.

Para más incidentes sobre la consideración del Maharshi hacia los desfavorecidos [véanse los nº 39, 41, 43, 47, 49, 67, 80, 87, 125, y 140, entre otros].

Skandasram y Sri Ramanasramam

En 1916, al aumentar el número de devotos residentes, Sri Ramana se trasladó al más espacioso Skandasram, llamado así porque fue construido gracias a los esfuerzos hercúleos de su fiel devoto Kandaswami [Véase la fotografía n.º 4 (ii) del libro].

Tras la muerte de su madre en 1922 (que había venido a quedarse con su ascético hijo seis años antes y había alcanzado el *nirvana* en sus manos), su cuerpo fue enterrado al pie de la colina de Arunachala. El actual Ashram, llamado Sri Ramanasramam, se ha desarrollado alrededor del *samadhi* de la madre, llamado Matrubhuteswara, Dios en forma de Madre [Véanse las fotografías n.º 14 y 16 del libro].

El Ashram, que comenzó con un simple cobertizo con techo de paja sobre el *samadhi* de la madre, se ha convertido en un complejo de edificios bastante grande, el más importante de los cuales, según muchos *sadhakas*, es la Sala Antigua, donde Sri Ramana

pasó la mayor parte de su vida durante más de veinte años en un sofá que le regaló un devoto.⁷ [Véase la fotografía n.º 7 de Sri Ramana en el sofá de la Sala]. El santuario sobre el *samadhi* de Sri Ramana, al que se adjunta una sala de meditación grande, luminosa y aireada, atrae regularmente a un gran número de devotos y visitantes durante todo el año [Véase la fotografía n.º 15 del libro].

Después de que Sri Ramana bajara a vivir al ashram al pie de la colina, dejó claro, aunque no de forma explícita, que su único objetivo en la vida era ofrecer *darshan* y comunicarse con la gente a través del silencio o de breves mensajes de liberación. Un gran número de buscadores en diversas etapas de evolución espiritual acudieron a él y encontraron paz, claridad y fortaleza mental en su presencia, como se detalla en el texto.

Algunas características y el enfoque de Sri Ramana

Entre las cualidades que hicieron que Sri Ramana fuera querido por miles de personas, estaba su *soulabhya*, su fácil accesibilidad. Sacrificó toda su privacidad y se sentaba en la sala día tras día, e incluso dormía en presencia de todos. Hizo todo lo posible para estar disponible para los devotos. Con el paso de los años, la dirección del Ashram pensó en darle un descanso después del almuerzo cerrando las puertas de la sala durante dos horas. Cuando Sri Ramana se enteró, se sentó fuera de la sala después del almuerzo diciendo: “Para verme, la gente viene de diferentes partes del mundo. Es posible que tengan otros asuntos urgentes que atender. La dirección puede cerrar las puertas, pero yo soy libre de recibir a los visitantes fuera”. Hizo falta mucha persuasión para que cediera.⁸

Igualmente encantadora era su *sahajata*, la absoluta naturalidad de su comportamiento. Sus modales eran tan naturales que los recién llegados se sentían inmediatamente a gusto con él. Con una sola mirada, un movimiento de cabeza o una simple pregunta, el visitante sentía que Sri Ramana estaba a su disposición y que se

⁷ Véase la página 155, nota al pie, para la historia del sofá.

⁸ Véase sobre episodios de “*Soulabhya*”, por ejemplo, p. 167 y ss.

preocupaba por él. Era extremadamente humilde y modesto. No había solemnidad pontificia en sus exposiciones; al contrario, su discurso era animado. Cuando un devoto le preguntó por qué no se respondían sus oraciones, Sri Ramana respondió riendo: “Si se respondieran, quizá dejarías de rezar”.

Se podría escribir mucho sobre la forma en que Sri Ramana practicaba *samatva*, la igualdad o ecuanimidad. En su presencia, todos eran iguales: altos o bajos, ricos o pobres, hombres o mujeres, niños o adultos, humanos o animales. Nunca toleraba que se le mostrara más consideración o atención que a cualquier otra persona del ashram. Los párrafos de la página 109 y 110 muestran cómo Sri Ramana se oponía a cualquier concesión física para sí mismo. Si se le servía un poco más de cualquier plato o manjar que a los demás, reprendía al responsable. El texto ofrece, numerosos ejemplos de *samatva*.

Sri Ramana sentía compasión por todas las especies vivas. Su amor por las plantas se ilustra en las páginas 238 y 367. El texto contiene también muchos episodios de su amor por los animales.

Sri Ramana enseñaba a los internos del Ashram más con el ejemplo que con preceptos. Esto se ilustra en el último párrafo de la página 268.

Sri Ramana insistía en que el camino hacia la paz pasa por el servicio, y él mismo daba ejemplo en la vida cotidiana del Ashram. Corregía diligentemente manuscritos y pruebas, cortaba verduras, limpiaba granos, pelaba nueces, cosía platos de hojas y ayudaba a cocinar, ejemplificando así la dignidad del trabajo y el encanto de la sencillez. Para él, el karma no era una acción ritual especial, sino las tareas cotidianas que son nuestro destino común (Véanse los dos últimos párrafos de la página 453).

Las enseñanzas de Sri Ramana se reflejaban a la perfección en su vida. Declaraba que permanecer en el Sí-mismo era el mayor logro, y era en este estado trascendente donde se le encontraba en todo momento. Tenía las características de un *jivanmukta*, emancipado, aunque todavía en el cuerpo físico (o “liberado en vida”). Según el *Yoga Vasistha*, a una persona así: “Los placeres no le deleitan, los dolores no le afligen. No trabaja para obtener

nada para sí mismo. No hay nada que tenga que lograr. Está lleno de misericordia y magnanimidad. Descansa imperturbable en la Felicidad Suprema”.

Sri Ramana siempre hizo hincapié en *maunam*, el silencio, que no significa la negación de la actividad. Es algo muy positivo. Es la Paz Suprema, inmutable como una roca que sostiene todas las actividades, todos los movimientos. Respondiendo a la perplejidad de sus amigos occidentales sobre la “inactividad” de Sri Ramana, Ella Maillart escribe: Habiéndonos identificado con nuestros cuerpos, estamos convencidos de que uno tiene que ser visiblemente activo. Olvidamos que la inactividad es la base de la actividad; que la rueda útil no podría existir ni moverse sin una base inmóvil.

Sri Ramana nunca hizo nada conscientemente para causar impacto o hacerse un hueco en los anales de la historia. Rechazó toda publicidad y creación de imagen. Había logrado borrarse a sí mismo. Paul Brunton, un periodista británico que vivió cerca de Sri Ramana durante unas semanas en 1930 escribe: “Me gusta mucho porque es tan sencillo y modesto, cuando, sin embargo, a su alrededor se respira una atmósfera de auténtica grandeza; y también porque carece por completo de pretensiones y se resiste firmemente a todos los intentos de canonizarlo en vida”.

Sri Ramana nunca dio discursos, y mucho menos realizó giras de conferencias. Después de abandonar su hogar, vivió continuamente, durante cincuenta y cuatro años, en la colina de Arunachala o en sus alrededores. Cuando la gente acudía a él y le hacía preguntas, les respondía a su manera sencilla, sin discursos solemnes.

Sri Ramana estaba muy en contra de los milagros. Una vez dijo: “Un mago engaña a los demás con sus trucos, pero él mismo nunca se engaña. Un *siddha* que manifiesta sus *siddhis* es inferior al mago, ya que engaña a los demás tanto como a sí mismo”. Los “milagros” que solían ocurrir de vez en cuando parecían coincidencias, y si se los señalaban a Sri Ramana, él se limitaba a reírse. Sri Ramana utilizaba el término “acción divina automática” para referirse a los “milagros” y hacía creer al devoto que él no tenía

nada que ver en el asunto. Ejemplos de “milagros”, en [los nº 29, 35, 44, 55, 64, 65, 66, 95, 104, 115, 184, entre otros],

Sri Ramana no fundó una nueva secta ni una religión. No insistió en el cumplimiento de ningún ritual religioso o línea de conducta establecidos. Enfatizó la unidad del Ser y su accesibilidad a través del esfuerzo propio. Según él, el camino práctico hacia la realización es *atma-vichara*, la búsqueda del Sí-mismo, a través de la meditación constante y profunda sobre la pregunta “¿Quién soy yo?”. Este enfoque no es ni una religión ni una filosofía. No implica ninguna creencia, ningún conocimiento académico, ninguna doctrina psicológica.

Según Sri Ramana, los problemas nos afligen debido al error de limitarnos al cuerpo. El cuestionamiento constante nos ayuda a comprender y asimilar el verdadero conocimiento sobre nuestra identidad, que es nuestro Sí-mismo (*atman*), que reside en el cuerpo.

Sri Ramana aclaró que *¿Quién soy yo?* no es un mantra que haya que repetir. El propósito de formular la pregunta es evitar que la mente se dirija hacia el exterior y sumergirse profundamente en el propio Sí-mismo. La mente, que es inquieta como un mono, no es más que un manojo de pensamientos, terminaría desapareciendo mediante la meditación persistente y seria sobre la pregunta “¿Quién soy yo?”.

Sri Ramana sostenía que nos volvemos infelices porque no hemos sabido apreciar nuestra verdadera naturaleza, que es la felicidad y que es innata al verdadero Sí-mismo. El deseo constante que todos tenemos de alcanzar la felicidad en la vida es una búsqueda inconsciente de nuestro verdadero Sí-mismo.

Los últimos días

Hacia finales de 1948 apareció un pequeño nódulo en el codo izquierdo de Sri Ramana. Se le practicaron varias operaciones, pero el tumor maligno aparecía de nuevo. La enfermedad no respondía a ningún tratamiento. El sabio se mostraba bastante despreocupado

y permanecía sumamente indiferente a su sufrimiento. Las entradas n° 98 y n° 122 de los médicos que atendieron a Sri Ramana son significativas en este sentido.

Sri Ramana permitió que lo operasen para contentar a sus devotos. El comandante Chadwick (n° 42) escribe: “La noche antes de la última operación fui a ver a Bhagavan y, de rodillas, le rogué que no se operara. Era obvio que no serviría de nada. Cada vez el tumor había crecido más. Le rogué diciéndole que ese sufrimiento adicional era innecesario y que nos librara de esa tensión. Pero él insistió en operarse ya que -según dijo- los médicos se habían tomado tantas molestias que sería una pena decepcionarlos ahora. La actitud de Bhagavan siempre había sido dar una oportunidad a todo el mundo; nadie debía sentirse decepcionado”.⁹

Sri Ramana sentía compasión por aquellos que se afligían por su “sufrimiento” y trataba de consolarlos refiriéndose a la verdad fundamental, el núcleo de su mensaje, de que no somos el cuerpo. A su manera, única, solía preguntar si alguna vez conservábamos el plato de hojas una vez terminada la comida.

El final llegó el 14 de abril de 1950 a las 8:47 p. m. En ese mismo instante, un cometa brillante atravesó lentamente el cielo, alcanzó la cima de la colina Arunachala y desapareció en lo alto del cielo. La super-alma llegó a su fuente.

⁹ *Recuerdos de un sadhu sobre Ramana Maharshi*, por Sadhu Arunachala (A. W. Chadwick), Sri Ramanasramam, p. 78.